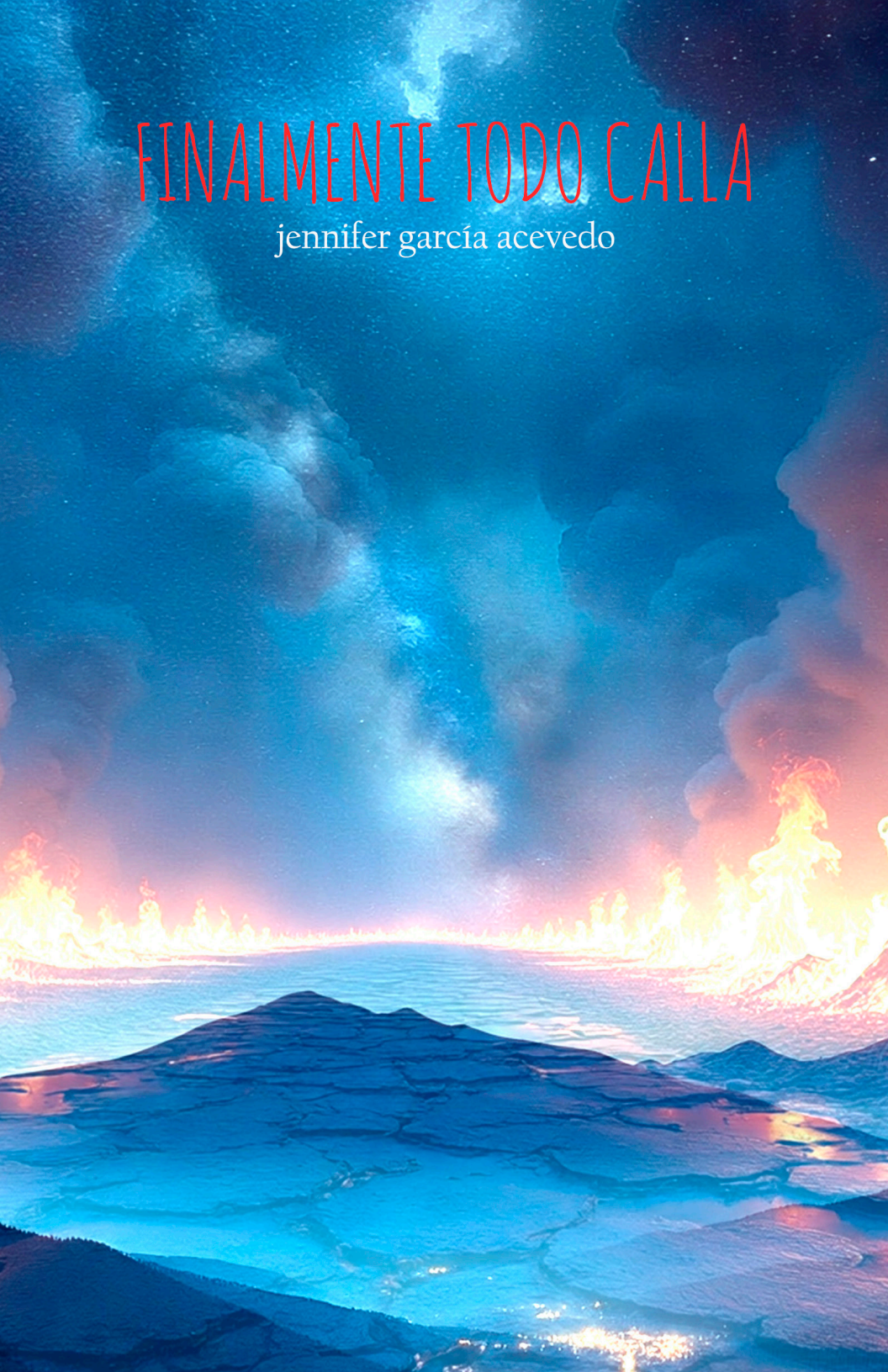


FINALMENTE TODO CALLA

jennifer garcía acevedo





Finalmente todo calla y otros poemas



Colección Libros
Imposibles



Finalmente todo calla y otros poemas

Jennifer García Acevedo

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

-2025-

García Acevedo, Jennifer (1995).

Finalmente todo calla y otros poemas / Jennifer García Acevedo --1ª ed.--

Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2025.

58 p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 54 >

<Digital>

1. Poesía colombiana . 2. Literatura colombiana I. Título.

Primera edición, 2025

Colección Libros Imposibles #54

© *Finalmente todo calla y otros poemas*

© Jennifer García Acevedo

Diseño editorial:

Melvyn Aguilar

Portada & ensayo fotográfico:

Florianio Martins

Coordinación editorial:

Juana M. Ramos

Corrección filológica:

La autora



*Éstas son las palabras
que no sobreviven al mundo. Y hablarlas
es desaparecer
en el mundo.*

PAUL AUSTER

DE DONDE VENGA EL SILENCIO

Las noches siempre nos imaginan. No importa si pensamos en la quietud del agua de un lago o nos elevamos sobre un paisaje que dibujamos con los pinceles de nuestro asombro. Las noches son el lugar donde todo encuentra una forma de hablar, se entienda o no. Cada uno de nosotros puede alcanzar el máximo voltaje de nuestra contradicción última si dejamos abiertas las puertas de la noche. Porque las noches son una pequeña máquina de incertidumbre. Todas estas travesuras o descubrimientos a la luz del día terminan adquiriendo una sombra incoherente, una máscara que amenaza con tomar represalias contra la realidad, cuando la noche enciende sus inusuales antorchas.

No se trata de luz. No se trata de una contraseña que nos permita entrar en otros mundos. La utopía de la noche es una cueva que puede revelar el origen del silencio. Las noches son ese momento cautivador donde inventamos los planes de escape más audaces. En rigor, las noches son un talismán que puede cambiar el origen de todos los seres. Tenemos tanto que aprender de la voluptuosidad en su estado más vehemente de oscuridad que las noches terminan convirtiéndose en el tema poético por excelencia. Es esto o nada.

Oímos el silencio moldear las formas de sus iconos. Los detalles del paisaje se extienden por el lienzo con pinceles que no revelan motivos. Leo los poemas, esta intrigante prosa poética, de Jennifer García Acevedo, y el mundo adquiere gradualmente un marcado acento abisal. Desde que la leí por primera vez, la imaginé como una diosa con miles de años dedicados al

misterio. No lo es. Es una poeta joven, con una vida marcada por el espíritu del fuego, su cuerpo danzando con su mirada, todo en ella un torrente de relámpagos, y sin embargo, la prosa poética que emerge de esta misteriosa ninfa es un libro de abismos, la sombra insospechada de un desconocido cuyos rasgos pueden llevarnos más tiempo del que imaginamos descifrar.

Si vamos a leer a la poeta, es mejor no encontrarla antes. Jennifer García Acevedo es un volcán que nos engaña sobre su estado de erupción. Un verso, y de repente todo adquiere otra forma. Nuestras expectativas implosionan. Por eso les digo ahora que lean el verso impreso. Dejen que cobre vida propia a través de su lectura. Porque nada en esta poeta permanece en silencio.

Florianio Martins

DESPUÉS DEL JUEGO

Nadie sabe cómo terminan todas las partidas de ajedrez que se inician en el mundo, pero sabemos de los métodos conocidos, de las piezas que emigran del lado claro al oscuro y anticipan alguna derrota, de las plegarias lanzadas al aire en un intento inútil por conjurar la suerte. Reconocemos el oficio de las figuras, varadas en la luz postrera de los ojos, las resignadas piezas, sometidas al grito, al enjambre furioso de manos, al juego perverso de la tentación y el desafío. “Esa criatura ha muerto” decimos, cuando el caballo cae sobre el tablero repleto de peones y de dudas. No importa si es Praga, o una escondida callejuela en los rincones de Múnich, siempre es lo mismo, vencer hasta morir, o recobrar al menos la sustancia del fracaso. Finalmente todo calla. El ojo frío se abre a la extensión de la madera, y los jugadores regresan a la costumbre, como dos exiliados. Recobran la hora del laburo, de la herida, de la luz que se arrastra interminable entre la casa. Lejos de la imagen casi divina de Carlsen, o Botvinnik, lejos del rey que se desangra entre las líneas hambrientas, y los alfiles recluidos en una esquina del cuarto, vuelven a ser hombres, ese es su último movimiento, la única partida interminable.

DE LO IRRECUPERABLE

En un libro oriental hay una inscripción que dice: “El tiempo y los ríos nunca corren hacia atrás”. Podríamos reunir evidencias de esto, hablar de las lentas voces de los desaparecidos, del muro derruido, del anillo en la mano del náufrago y tomarlas como una verdad inalterable, sin embargo, también lo es que la luz retorna a veces por espacios vacíos y encuentra otro sitio, distinto a su propio destierro, y que en las casas destruidas, las ruinas se adhieren al temblor de una ventana nueva para recrear la fiesta y la multitud. Vuelve una palabra, un signo que reabre en nosotros la herida, y algún nombre anudado como una condena a nuestra garganta. Pero son pruebas que nadie quiere ver. Es mejor atribuir la culpa al tiempo, al mar que arrastra consigo puñados de vidrios, piernas mutiladas, vicios o virtudes o su oscuro reverso. Aunque algunas veces reconocemos lo irrecuperable y lo asumimos con calma para desvanecer ese pesado hábito de la espera, las crueles razones para no abandonarse a lo imposible. Reconocemos también la imaginación, y la alimentamos con pequeños restos de una realidad extraviada. Decimos: “Aquí está el animal perdido en la infancia”, “Estos son los panes servidos en la mesa del hermano muerto.”, o “Se hace tarde para ir a recoger frutos en el jardín”. Así nos devuelven las palabras nuestra olvidada condición de misterio y burlamos el tiempo que parece correr con nosotros hasta la primera mañana salvándonos otra vez del abismo.

SOBRE LO ILUSORIO

*La realidad, sí, la realidad,
ese relámpago de lo invisible
que revela en nosotros la soledad de Dios.*

OLGA OROZCO

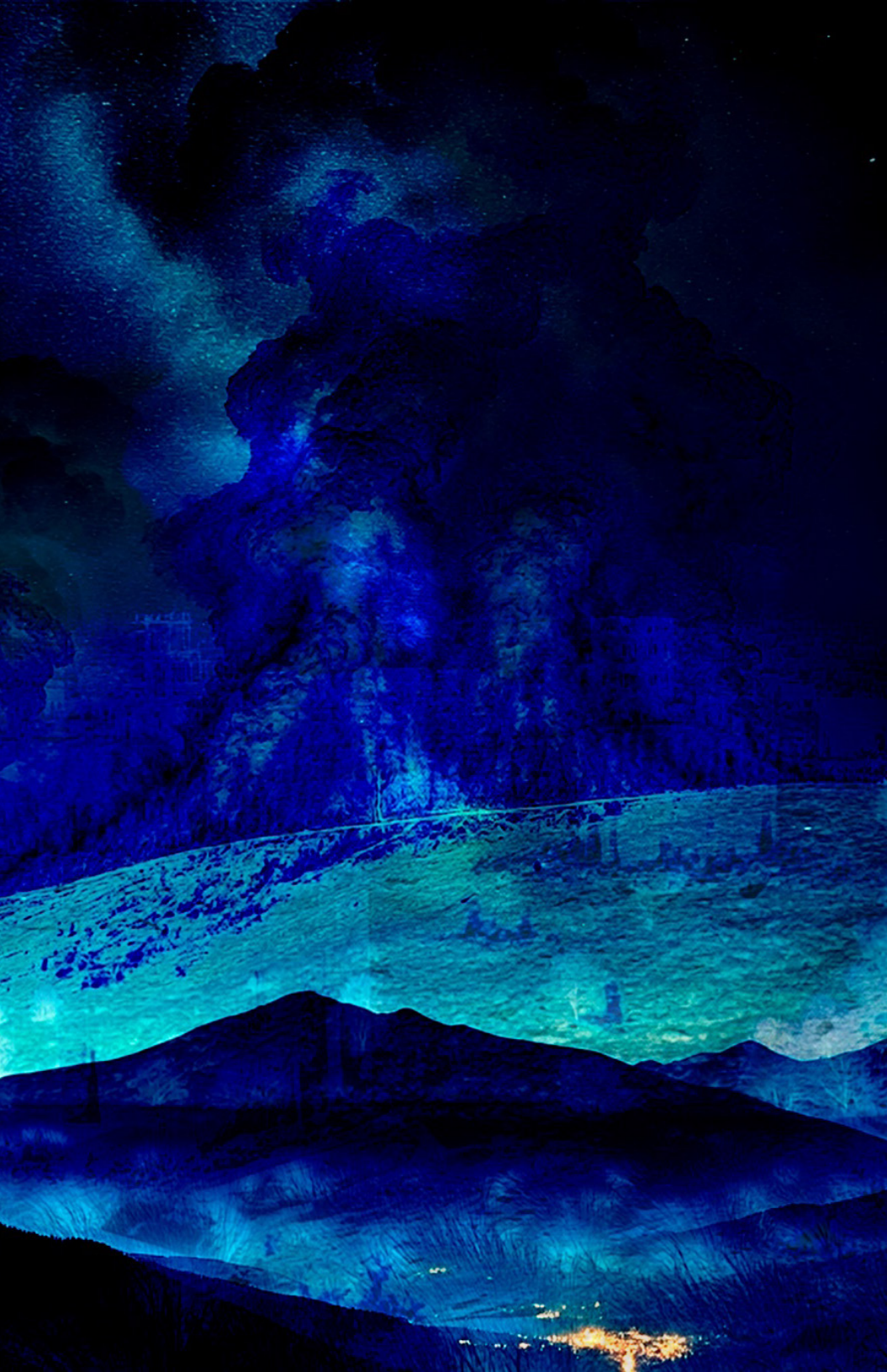
Vigilamos el paisaje alentados por la claridad de la ruina. En nuestra grave y solitaria condición de testigos eternos avanzamos dentro del cuarto vacío hacia la única salida posible, y aún nos preguntamos ¿De qué lado está la realidad? Alguien rompe el vidrio que sostiene la ventana, y extrae los fragmentos para hacer una hoguera. En la hierba arden las palabras conocidas; crueldad, deslumbramiento, luz. Las demás aún permanecen en el descuido, con la desdicha de no aparecer, como quien se pierde en un laberinto de arena y siente la desgarradura, no importa que el camino prometa paraísos escondidos y recetas para acabar con la sed. No saber de qué lado están las frases acertadas, los recintos a los que nos arrojamos inocentes porque reconocemos en ellos la verdad, los ladrones que acechan la corteza, y sin embargo perdonarnos bajo la creencia de que somos otro error de nacimiento, parecido a la guerra y la enfermedad. En algún lugar entre los árboles están las respuestas, esas que ignoramos y descargan su condena de inquietud sobre nuestros hombros. Son solo acertijos, harapos de sabiduría y conciencia, animales que golpean eternamente el cristal roto. Cualquier señal es suficiente para salvar a un hombre.

AUTORRETRATO DE REMEDIOS VARO

Permanecen frente a mí, envueltas en sudarios, las imágenes hermosas y terribles. Esas que dan testimonio del ángel clausurado en su propio terreno de extrañeza y luz, o del alquimista que anuncia con su hallazgo el triunfo de la herida y el arte. Son tan solo imágenes, temibles e inesperadas como la vida misma, señales de que el nuestro no es el único cuerpo que se mueve en la casa. Siempre hay otros. Utensilios cotidianos que llevan la herencia del crimen, mujeres que sostienen con sus uñas la cabeza del padre, manteles rasgados por manos desconocidas. Se diría que alguien reina sobre estas visiones, y teje con sus hilos invisibles nombres para unirlos al mundo, se diría que una criatura desterrada, predispuesta a la ciencia y la vigilia, reconoce la voz de todo lo secreto y lo revela ante la presencia inquieta de otros hombres. Hay una luz mortal que hiere los ojos, una mordedura clara, hecha a imagen y semejanza de la belleza, una jugada del destino que transforma nuestras sombras en torres de sal. Miro a la que avanza desde el centro de la tarde y trae consigo las revelaciones, miro sus manos esquivas, sus pliegues brillantes como un violín bajo el agua, sus dedos que recorren la eternidad y el abismo. En cada una aparece la fórmula para llamar a Dios.

INSISTENCIA EN LO INVISIBLE

Es preciso insistir en lo invisible, eso que crece más allá del estallido. En la voz terrible de un Dios que abarca todo sin tocarlo, en la imagen detenida detrás de la máscara, en la vibración del objeto a punto de caer. Entre los acontecimientos más tristes que suceden al hombre, está el no poder manipular lo incorpóreo, darle un molde y sostenerlo a su gusto. ¿Qué resultaría de asignarle un rostro al aire, de reunir todas las palabras que se dicen afuera del mundo, o de tomar una fracción de vacío y saltar? Nadie puede extraer lo que está en el fondo de su propia sombra y tal vez por esto, permanecemos a salvo. Pero hay cierta predisposición al peligro, cierta inquietud rodeando lo visible, un lenguaje incierto para nombrar cuanto no vemos, pero presentimos. Algo en nosotros no se resigna, busca, imagina, indaga, extiende su mano abierta, sabe que nunca alcanzará nada, pero aun así la cierra para no perder lo desconocido.



EL ODIO

En alguna habitación de la casa está el odio. Viene enmascarado dentro del pan y los vegetales. Sobre la mesa se despliega, envuelto en gestos cotidianos y frases hechas para el traspie y la caída. Todos lo celebran, porque en sus manos habita el desamparo. Ahí está nuestra condena, puesta a la altura de las cabezas, sometida al juicio y la resignación. Hemos llegado lejos en este juego desconocido, como quien se pierde en una multitud de ángeles –no importa que las alas sean cuchillos y la luz un relámpago incrustado en los pies-. Inmensas las palabras zumban contra las orejas, traen consigo el testimonio de una estría pálida, una grieta entre la sangre y la sed. Llenan los huecos de las paredes, ocultan cualquier vestigio de piedad y se consumen vacilantes frente a la puerta abierta. En este campo de batalla, rodeado de cucharones y animales domésticos todo es posible, salvo la quietud. No me preocupan los testigos de esta guerra, aunque sobre mí golpea diariamente el animal que la poesía me asignó desde la infancia y en mi garganta prevalecen las marcas del guijarro lanzado al centro de mi voz. También los hombres cambian de piel bajo la belleza del día, y las casas mueren ante el incendio y el temblor. Esa es mi salvación, mi consuelo inútil.

CELEBRACIÓN DEL VIAJE

Aprendimos a celebrar al hombre y su palabra emigrante, esa que deja la casa de la infancia, el mercado por el que se hereda el oficio de matar moscas, o los minúsculos trofeos de hierro: engañosas evidencias de que el ajedrez y las manos, se sobreponen a Dios. No hay disfraz para cubrir la huida, o nombres que respalden las razones del viaje, solamente, una precaria e indescifrable necesidad ceñida a los huesos, marcada por los signos del desvarío y la renuncia. Una secuencia de hilos que sostiene al mismo tiempo la raíz de los árboles, y el pie del náufrago. A veces el camino se confunde con el centro de un paisaje cautivo, o un recinto que se divide y se multiplica hasta señalar el lenguaje secreto del mundo, otras, establece los vínculos entre el exilio y el aire, se adivinan las formas del hermano muerto, del animal doméstico, de todo lo que está del otro lado, en la estancia invisible, reservada al espejismo y las revelaciones. Tendidos en la mitad del día, algunos se resisten al tránsito, mientras vigilan todo lo que permanece en el tiempo, esa barraca hecha de remordimiento y hambre. Son los que están de pie, sobre el rostro de otros y se alimentan con un gesto invencible, ciego e inevitable como la distancia, con el tren del condenado a contemplar la procesión de sombras diferentes a la suya, con la cólera y el desdén del que encuentra improbable regresar a la plaza de los primeros años, y la recrea con símbolos ilegibles. De este lado, donde la vida sigue todavía en una quietud aparente, se entreabren las puertas que no conducen a ninguna parte, y manifiestan la verdad. Todos somos extranjeros de nuestra propia palabra. Después de viajar a las regiones de la voz, nadie sale ileso de sí mismo.

OFICIO DE TANTEO

Un día los ciegos heredan el oficio de tantear piedras y utensilios cotidianos, aprenden el lenguaje de lo ambulante y lo inmóvil para reconocer las mórbidas colgaduras de las galerías y no coincidir con los campos repletos de cuchillos y espinas en braille. Solamente la ruina y la palabra dan testimonio de sus dedos que se multiplican delgadísimos sobre las paredes del mundo. Solamente el laberinto de robles semeja sus manos extraviadas en la superficie del aire. A veces, también nosotros, mudos en nuestra propia lengua, hastiados de la luz que se propaga en los corredores, tanteamos nuestro propio desamparo, volvemos los ojos hacia un terreno conocido y lanzamos las preguntas sobre la belleza y el desastre. Finalmente, cuando todo ha terminado y el desierto hecho pedazos es el único testigo, escuchamos una última respuesta, una respiración que asciende sobre las bocas y revela el silencio que acabaremos por ser.

CAMILLE CLAUDEL

Temprano moldeo el barro, y con él, anticipo la palabra puesta en el centro de la miseria, la sombra del ángel condenado al hurto y el exilio, el soplo de los amantes que sobreviven al golpe del hierro. Es medio día y el calor hace brillar las paredes del taller. Junto a un cúmulo de piedras cinceladas, un grupo de hombres inventa la farsa de mi desnudez y prende fuego a mis manos. Giro en desacuerdo, lanzo frases a la muchedumbre, mientras sacudo el vestido hecho harapos, pero ellos revocan el mudo testimonio de mis dedos en llamas. Me avientan a la cama de púas, rodeada por puertas que no se abren. Ahora comprendo que nunca estuve en ningún sitio, siempre fui en otros, y cuando pronuncié las palabras conocidas, eran ellos los que hablaban.

LENGUAJE FAMILIAR

*Este cuchillo
que tiendo contra tu garganta.*

PAUL AUSTER

Aprendimos la costumbre de escondernos entre las palabras conocidas y el grito tallado en el muro. Todas las mañanas, junto a los utensilios de esta casa en ruinas, las palabras: vergüenza, resignación, caída. Solamente los exiliados conocen el reverso de este lenguaje frágil, solamente sus voces se abren paso en el laberinto del oído. ¿Acaso es este el diccionario imaginado por los verdugos de la infancia? ¿O una extraña sentencia que permite avanzar al enemigo? Tal vez, un paisaje simple, elemental, arraigado a una ciudad inmensa, donde los hombres lanzan frases terribles y las cabezas arden bajo la inquietud y el asombro. Más allá de esos espacios sin luz, en el engañoso terreno destinado a la maleza, asoman a veces las palabras que nadie ha dicho, las predecibles canciones que forcejean con la carne, y se traducen en un silencio definitivo. Una sola bastaría para matarnos.

HAPPY BIRTHDAY TO YOU

Miro a la que regresa desde el fondo de otro día, como si fuera a respirar por última vez. Miro su estómago agrietado por un error de nacimiento, la úlcera abierta desde la infancia y señalada inútilmente por médicos de otros países. Aún no aprende el oficio de cocer cebollas a fuego lento, o juntar madera para ver arder las sombras junto a la puerta. Nunca ha estado más cerca de los hombres que del vacío, y reconoce su terrible predisposición al desasosiego y al baile. ¿Y ese nombre con que todos la llaman? ¿Esa voz en la que se encuentra forastera, enemiga de sí misma, detenida en la muda extensión de la palabra? Bajo este cielo que huye, en ese largo rastro que deja el ángel al pasar entre los animales y el trueno, sigue sosteniendo la misma piel, los mismos ojos que advierten la enfermedad y las revelaciones. En alguna estantería de su casa permanecen apiladas como piedras, las imágenes de Magritte, los juegos de mesa y los suvenires traídos de una ciudad europea. De nada sirve formular preguntas sobre ese paisaje aleatorio, o cuestionar la función de los objetos guardados al azar. Algo de ella, permanece en todo, nada queda ileso ante el dominio de su ojo desnudo. En algún lugar, se diría que invisible, hay otra, una que nunca fue condenada a la humillación y al abandono, ni conoció la palabra incertidumbre. Tampoco supo nada de Dios, el tigre o la poesía, porque la previnieron de caer, demasiado pronto, en cavilaciones. Ahora, entre esa y yo, hay un pacto secreto, una necesidad que nos une: aprender a responder al mismo tiempo cuando alguien nos nombre.

LES

Hay un día para pronunciar las palabras conocidas y detenerse bajo la última hoja del naranjo en el paisaje. Una hora en que es preciso hablar del hundimiento y la escritura como si se hablara de una casa, de la desaparición de un cuerpo en esa casa, y de la sucesión de animales que la habitan. Quién pudiera entenderlo así, como una verdad inalterable, como un grito de resignación o un juicio, y olvidar las preguntas sobre el desamparo y la compañía reducida a transparencia. El jabalí cae, la belleza reina en la inconsciencia de las cosas, los extraviados mueren a la luz de las jaulas o el rugido, y el nombre que amamos se oculta para siempre. Todo final debe ser aceptado, antes de llegar al lenguaje, a la multitud de voces que poblarán la ausencia, y la certeza de nuestra incursión en la ruina. Al final del día nada nos sostiene, tampoco la espera, ese otro engaño que reafirmamos en nuestro intento por no ser hombres, ni dioses, solo piedras.

II

INCERTIDUMBRE DEL NOMBRAR

*La tierra gira
el ojo de dios no se detiene
qué haríamos pregunto
sin esta enorme oscuridad”*

BLANCA VARELA

SOBRE UN CUADRO DE CASPAR DAVID FRIEDRICH

Un barco se multiplica frente a nuestros ojos, de sus velas penden las espadas que aniquilarán a los hombres. Ningún ángel podrá salvarlos, ahora que los animales duermen lejos y el paisaje se revela en una caligrafía extraña. Caminan hacia él impulsados por un gesto ciego, extraen la sal de la ola para cubrir su herida, mientras la tarde se cierra y la sangre fluye hacia otros lugares. Nadie es lo suficientemente viejo para morir o lo suficientemente joven para salvarse. En todos se revela la sombra y la intemperie. Ahí surge el misterio, bajo los signos secretos del aire, en el vértigo que no distingue de nombres, en la universalidad de la muerte y de la luz. Aquellos que vagan por la vida como por una estancia del sueño, comienzan a desconocer su destino, observan el incendio en el río y no temen, escuchan el canto de los ahogados, tocan las puntas de las lanzas, y cuando el asesino señala con su rifle, cierran los ojos y esperan. Eso que los lleva a su descenso, los acerca también al origen, en el que extraviados, con la plena ignorancia del mundo, se arrojan al mar y ven sus manos salir a la superficie. A diferencia de ellos, poco puede decirse de los que conocen la inmolación y la niegan, esos que nunca aprendieron de la mosca y su fugacidad o recibieron con humildad los estragos del invierno, para ellos la muerte es una casa lejana, repleta de huéspedes y campanarios, donde nadie más debe entrar. Al final del día no habrá que insistir en la permanencia y esconderse. La tierra siempre abre su pecho para encontrarnos.



ESCRIBIR LO INVISIBLE

Nada se muestra más cercano que lo nombrado, cada cosa se abre lentamente bajo la aparición de una palabra que la reconoce. Quien vuelve la mirada hacia una región silenciosa entiende esta verdad. Sin embargo, es preciso escuchar el grito para saber que tras él se esconden muchos nombres y la herrumbre también toma su lugar en nuestra boca. Nombramos la sal y el pulso visible de la sangre, el laberinto abierto del mundo, las voces que reclamamos y nos reclaman. Pero solo lo invisible nos pertenece, en cada mano extendida encontramos el temblor de lo conocido, en cada pregunta arrojada al aire, un indicio de ruina. Nombrar lo invisible para reconocer el propio rostro, su correspondencia con los gestos del espíritu, su eterna precipitación al vacío y a la luz. Cuando el día comienza y la sombra del ángel deja de cubrirnos, reaparecen los signos incomprensibles del sueño, el movimiento de la serpiente en un rincón de la cabeza —nombre impuesto a nuestras cavilaciones— y en él la medida del pensamiento lanzado sin pudor sobre la inconsciencia. Extraviados en las visiones del día ignoramos que hay un lenguaje común para lo oculto, para las plantas que permanecieron debajo de la tierra, para las casas que murieron antes de ser construidas. Una intención bajo la que caen el sueño y la realidad de un solo golpe: escribir lo invisible para ver la propia nada habitando la hoja.

SOBRE LAS JAULAS

Allí donde el animal atiende la urgencia de huir, donde la luz desaparece y el grito se hace carne en un lenguaje incomprensible, ningún Dios habla. Todos saben de esas prisiones detenidas en el tiempo, con sus voces huérfanas y sus formas laberínticas. Pasan de largo como por un puerto destruido, tocan sus barrotes como si tocaran los utensilios cotidianos, y en el rostro del tigre cansado advierten una ruina que no es la suya. La permanencia del animal en la jaula semeja la caída del hombre hacia un mundo que lo desconoce, el cuerpo que se precipita, ciego, resistente a los hilos que cortan los dedos. Cada descenso trae consigo una sentencia de huesos y ceniza trazada sobre la frente, una pulsación del índice sobre la región oscura, un ojo que despierta cuando todo se ha ido. Tarde reconocemos que en la boca del tigre también se revela nuestra herida abierta.

EL CENTRO DE LA FIESTA

A Daniel

La infancia es una casa sin huésped, dices. Y tu palabra ahuyenta a los que cantan. Basta un gesto para saber que permanecen ciegos a la sombra de la orquesta, detenidos en la madera del oboe, indiferentes al lenguaje secreto del mundo. La infancia es una casa sin huésped, insistes, pero nadie responde. Extraviados, tocan las cuerdas invisibles del aire, mientras sus voces se agolpan, cercanas y diferentes como letras de un mismo alfabeto. La infancia es una casa sin huésped, te oigo decir tantas veces, pero el sonido del timbal es todo cuanto existe, más allá de eso, poco importan tus cavilaciones, tu condición de asmático en la habitación cerrada, tu memoria atravesada por la herida. Esto es lo que temen. Escuchar a un hombre hablar desde la orilla oscura cuando las puertas de la fiesta se abren y Dios baila en su centro.

SOBRE LA NECESIDAD DEL SUEÑO

*Tal vez sería dulce reconquistar ahora una música antigua,
profunda y persistente como el eco de un grito entre los sueños.*

OLGA OROZCO

Más allá de estos muros atravesados por un desfile de formas, secuencia de irrevocables seres cuyos nombres no sabremos jamás, está el otro lado del mundo, ese que nos es revelado demasiado tarde. En su centro permanecen todas las cosas perdidas y recobradas en alguna de las estancias del sueño: la voz del hijo muerto antes de nacer, los nombres que amamos ocultos bajo un friso de máscaras, el hilo que sostiene el propio cuerpo. El resto, son gestos inútiles, palabras conocidas, una ráfaga de veloces visiones para anunciar lo bello y lo terrible. Verdades siempre nuestras en cualquier estación del universo. Jugamos a escondernos en este reino creado a nuestro modo, esta casa de todos y de nadie donde la vigilia siempre espera. Negamos lo otro, el reino oculto detrás de los párpados, el palpito invisible de la casa donde arde una tristeza inmortal. Mientras aquí los ahogados asumen su condición de animales inmóviles brillando en el fondo del estanque y los vivos desconocen la complejidad del sueño y sus ramificaciones. A ese lado del mundo dos hombres se debaten a dentelladas. El que abre los ojos se convierte en prisionero del día. El que los cierra se asoma a la vida lo mismo que a una palabra por primera vez.

EL CÍRCULO DE LA ESPERA

Sobre el centro de esa región extranjera una voz antigua y sutil, como el lenguaje de los árboles, nos llama. La inmensa claridad del día atraviesa las cosas hasta romperlas, y junto a los muros las siluetas de los hombres se prolongan impulsadas por el movimiento del aire. Es la hora de lo terrible, de las palabras que no llegan a su destino, de la escritura que se detiene en el fondo de la sangre, de todo lo impronunciable y oscuro. Hemos ido demasiado lejos tras esquivar las abejas muertas que se cruzan a nuestro paso y reconocer un indicio de piedad en los ojos del asesino. Hemos iniciado un camino sin retorno, guiados únicamente por las imágenes del sueño y el rumor de la sombra que tarde o temprano nos llega. Es así como todo avanza. Nunca comprendemos la belleza de las cosas cercanas hasta que atravesamos una frontera invisible en el mundo. La línea que nos separa del origen, el espacio que no conoce la luz. Cuando el círculo de la espera se cierra y el jardín desconocido simula la casa de la infancia, asumimos nuestra condición de extranjeros. Sentados sobre una piedra, vemos los animales correr hacia las calles, como si nada sucediera, como si sus huesos fueran inmunes al disparo de Dios.

LLUVIA DE HOMBRES

Pienso en una pintura de René Magritte en la que un grupo de hombres vestidos con trajes idénticos permanecen suspendidos en el aire, sin que sea posible reconocer en sus formas un indicio de ascensión o caída. Pienso en sus pies separados de Dios y de la tierra, en sus voces reveladas a otros e incomprensibles para mí. Pienso que más allá de ese paisaje, donde nadie lanza un grito y todos asumen su destino de animal misterioso, estamos nosotros, tratando de develar el enigma, parados frente a la lluvia de hombres que nos desconoce, preguntándonos si como aquí, allí también las banderas se levantan y ondean sobre un campo de animales heridos.

III

ESTACIONES DE LO INVISIBLE

*El lienzo de muro está enfrente, para conjurar el círculo
de tu sueño, pero la imagen lanza su grito.*

SAINT-JOHN PERSE

ESTE LUGAR DE LA LUZ

Dijo Saint-John Perse: “¡Muchas cosas sobre la tierra por oír y por ver, cosas vivas entre nosotros!”, y no se equivocó en decirlo, pues ¿qué vemos de las cosas, sino su sombra? Más allá del círculo que rodea los ojos, los peces son también navegantes de la tierra, y los pájaros sucumben en las cortinas del agua bajo vuelos giratorios. Posiblemente el viento contenga un olor más allá de todo, pero le asignamos el del vino, el de la arcilla, el de la sangre, el de la carne que hierve sobre la madera. No hemos sabido darle un olor a la ausencia, pero como es debido decimos: esa mujer olía a pan, los pájaros arrullaban su sueño, por tanto esa mujer olía a pan y a pájaro. Así disimulamos nuestra incapacidad para dar un nombre a las cosas que aún no lo tienen. En el lugar donde el árbol funda su patria, se escuchan los rumores del agua, los animales arrancando las semillas de las copas, el espantapájaros que calcula el trigo, pero en su raíz ningún sonido, ninguna galería de ruidos, aunque sabemos bien que ahí están. Un rey ciego debió habitar entre nosotros haciéndonos creer que lo visto y escuchado no era sino una vaga figuración del sueño, de ahí que ahora lo imposible solo desemboque en ese espacio de la vida.

Cosechando su oído, el hombre al que han llamado loco lidia con la angustia de sentir la voz de dios latiéndole en el oído izquierdo y ve el río cruzar sus manos lo mismo que las piedras. Debe ser que el círculo de su ojo está abierto, pero no puede decirlo y calla. Así en un lugar del sueño, la grieta de luz atraviesa los límites de la noche y nuestro ojo es ahora un gigantesco péndulo girando en medio de todo. Vemos entonces el alma del grillo cruzando el campo, los valles y las mesetas entablado diálogo con el agua, los buques que navegan sobre la hierba lo mismo que sobre un cúmulo de olas; escuchamos la voz de los hermanos muertos, la voz del animal doméstico, la voz del reloj que atraviesa los corredores. En este lugar de la luz, hemos aprendido a ver cómo regresan las cosas que siguen estando lejos.

SONIDOS

Alguien muere cada vez que elegimos el silencio.

MARÍA CLEMENCIA SÁNCHEZ

Cada sonido que viene desde el fondo de la casa tiene la forma de un tigre caminando en puntas. El estremecimiento de las cucharas que caen indecisas sobre las losas, su contacto con el suelo que desencadena en la ilusión del vértigo. Aprendimos a recibir con humildad el sonido de las cosas más tristes: la llave sobre la cerradura, el rayo a mitad del día, las cajas de cartón en las que se inscribía demasiado pronto la señal de las mudanzas. Pero nunca supimos cómo retener el camino del cuchillo trazando un nombre sobre el vidrio, ni el golpe del portón tras la despedida del padre. En la cocina la madre custodia la caída, su papel es el mismo que el de un dios cavando su reino mudo en lo hondo del patio. Al igual que ella las mujeres de la casa aprendieron a rendir su homenaje al silencio, por eso nunca cerraron la puerta antes de la partida.



PLAZA DE MERCADO

Se abre la puerta de la plaza de mercado y el deseo de las mujeres sobreviene. Unas esperan encontrar el río de leche dentro de las jarras marcadas con figuras orientales, otras atienden el balanceo de la pesa que en un lado carga semillas y, en el otro, frutos de ébano. Así funciona. La cáscara sobre la palma de la mano, el sol verde encima de los manteles. La cosecha de cebada regándose en una esquina de la mesa. No habitaremos para siempre esta tierra roja, las mujeres de la plaza lo saben, las moscas que se paran sobre el pan fresco, el papagayo pintado en un cuadro que venden los indígenas del norte. Todos lo sabemos. No permaneceremos sobre la tierra roja. Por eso, náufragos en la isla de los objetos, buscamos encontrar al menos una cosa parecida a la permanencia, algo que confunda a la muerte con las bolsas de arroz que cuelgan de las estanterías.

RETRATO DEL PADRE QUE VIAJÓ A BAKÚ

Antes de que penetrara en los patios con su silenciosa sombra roja, después de su viaje a Bakú, el padre ya había conocido el Islam, caminado la ciudad vieja, el centro de la plaza de fuentes, la playa de las mil y una noches, escuchado a Rain Sultanov en las afueras de un museo, hablado largamente con un amigo acerca de Gari Kaspárov, de Vladímir Akopián. Pues antes que de cualquier cosa padre fue siempre un amante del ajedrez, de las piezas blancas más que de las negras. Ciertamente todo viaje es una preparación, por eso mis hermanos y yo no hemos demorado en el gesto de ese rostro cansado ni procurado las preguntas acerca de la ciudad europea. Simplemente miramos al hombre que descarga por su voluntad las gruesas palabras acerca del tiempo, la geografía y lo lejana que vio estar por un momento a una estrella de la otra. También y sin que se lo preguntáramos, nos ha dicho que prefiere el Lavangi a los kebabs pues nunca le pareció bueno comer cordero. Este es nuestro padre, pese a que la lentitud en su paso nos resulta ahora penosa. Toda meditación, todo recuerdo hacen parte de la formula innecesaria, un intento forzoso por recuperar el objeto perdido en el paisaje extranjero. Padre es ahora una piedra inmóvil en el centro del día, algo que nos mira desde el fondo mudo y misterioso, un ser gigantesco que se defiende de las cosas pequeñas, una isla en medio de todas las islas.

EN MI DEFENSA

*A ustedes,
por quitarme la potestad sobre mis palabras.*

Dejé de nombrar la poesía como la única patria, incapaz de reconocer por segunda ocasión la voz de dios que latía en mi oído izquierdo o el rugir del tigre que vio caer lentamente la luz sobre la casa. Hubo un día en que quise retornar de mi descanso a las orillas de lo banal y lo efímero, pero sentí piedad por esa extraña alegría que descendió veinte años después y fue a caer al centro de mi carne. Nunca se olvida el país de origen, el águila no olvida el nido donde descansan sus hijos, ni el libro la desgarradura de la hoja, por eso la poesía siempre vuelve a mí, como un destino implacable semejante al abismo de los primeros años. Hay quienes me acusan injustamente, se jactan diciendo que no son más mis palabras ¿y de quién sí no? He vivido en las tierras bajas de la incertidumbre, recordando una infancia de trazos incomprensibles, vigilando el árbol eternamente arraigado al centro del patio. Nunca descansé bajo un naranjo, ni vi el mar amarillo que tantas veces nombro, tampoco es verdad que mi padre viajó a Bakú, y que las mujeres de la casa dejaron la puerta abierta antes de la partida. Sin embargo, en la hora del sueño todas las imágenes toman una validez absoluta. Nunca escribí sobre aquello que vi, escribí sobre aquello que nunca me será permitido ver, pues dadas las leyes de lo inabarcable, cualquier hombre podría ser forastero de sí mismo y sin embargo reconocerse.

PESCADORES

Un día llegan los que profesan el oficio de la pesca, hablan del mar como de una mujer conocida, dicen que es agua y no sal lo que toca la red cuando es arrojada al vacío. Dentro de los barcos se sostiene la luz como una mano abierta, resistente, igual que el grito sometido a la desgarradura. Los pescadores creen en el agua como los demás hombres creen en Dios, en su lenguaje la palabra sed cobra más valor que la palabra historia, aunque ambas las hayan padecido tantas veces. “Toda el agua del mundo es dulce” dicen los pescadores de río. “Toda el agua del mundo es salada” dicen los pescadores de mar. Desconocen que no es lo mismo nombrar al tigre que nombrar cada una de las manchas verticales que cubren su cabeza.

SOBRE LA NECESIDAD DE NOMBRAR

Alguien debe hacerse cargo de lo que no se sabe.

JORGE CADAVID

No existe aquello que no se nombra, solo lo que se nombra existe, dicen los hombres todo el tiempo, pero hay quienes nombran el mar para acabar con la sed del mundo y quienes nombran la fiebre como si revelaran la aparición del sol entre los huesos. Pregunto por lo que existe, y en cambio escucho a las mujeres dar un nombre al hijo que nunca tuvieron, las veo mecer su sombra hasta el amanecer, mientras llenan de leche una vasija de la que nadie bebe. He visto también a hombres ciegos hablar del relámpago como de un objeto conocido, señalar la intensidad de su luz y su recorrido hasta el suelo, luego están quienes aseguran haber visto a Dios de pie sobre el agua. Entre tanta verdad improbable y tanta visión amenazadora, la incertidumbre es nuestro consuelo. ¿O acaso bastaría con nombrar la cuerda imaginaria para que fuera posible sujetarse de ella?

DE ONDE QUER QUE VENHA O SILÊNCIO

As noites estão sempre imaginando quem somos. Não importa se pensamos na quietude da água em um lago ou nos arvoramos no alto de uma paisagem que desenhamos com os pincéis de nosso espanto. As noites são o lugar onde tudo encontra um modo de falar, seja compreendido ou não. Cada um de nós pode encontrar a voltagem mais alta de sua contradição ulterior se deixar abertas as portas da noite. Porque as noites são uma pequena máquina de incertezas. Todas essas travessuras ou descobertas à luz do dia, acabam ganhando uma sombra incoerente, uma máscara que ameaça retaliar a realidade, quando a noite acende seus archotes incomuns. Não se trata de luz. Não se trata de uma senha que nos permitirá adentrar em outros mundos. A utopia da noite é uma caverna que possa revelar a origem do silêncio. As noites são aquele instante arrebatador onde inventamos os mais ousados planos de fuga. A rigor, as noites são um talismã que pode mudar a origem de todos os seres. Temos tanto a aprender com a volúpia em seu estado mais veemente de escuridão que as noites acabam por se tornar a matéria poética por excelência. É isto ou nada. Ouvimos o silêncio amassar as formas de seus ícones. Os detalhes da paisagem são espalhados na tela por pincéis que não revelam seus motivos. Eu lei os poemas, essa prosa poética no mínimo intrigante, de Jennifer García Acevedo, e o mundo aos poucos vai ganhando um acento marcado de abismo. Desde que a li pela primeira vez imaginei tratar-se de uma deusa com seus milhares de anos aplicados ao mistério. Não é. É uma jovem poeta, com uma vida marcada pelo espírito do fogo, seu corpo dança com seu olhar, tudo nela é uma vertente de relâmpagos, e, no entanto, a prosa poética que surge dessa ninfa misteriosa, é um livro de abismos, a sombra insuspeita de uma incógnita que podemos levar mais tempo do que imaginamos para decifrar seus recursos. Se vamos ler a poeta é melhor que não nos encontremos com ela antes disto. Jennifer García Acevedo é um vulcão que nos engana sobre seu

estado de erupção. Um verso, e de repente tudo assume outra forma. A nossa expectativa implode. Por isto o que digo agora é que tratem de ler o verso impresso. Que ele ganhe uma vida própria a partir de sua leitura. Pois nada nessa poeta se cala.

SOBRE LA AUTORA



JENNIFER GARCÍA ACEVEDO, Medellín. Poeta, gestora cultural y tallerista. Sus poemas han sido publicados en diversas revistas, periódicos y antologías nacionales e internacionales. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía José Santos Soto (2019), el Premio Internacional IFLAC WORLD Emprendimiento y Poesía, Argentina (2022), y el título Honoris Causa, otorgado por Educultura Educación Sin fronteras, México (2021).

Participó en festivales internacionales de cine y literatura. Ha publicado *Estaciones de lo invisible* (Sakura ediciones, 2020), *Escribir lo invisible* (antología personal, nuevas voces editores, 2021) *Incertidumbre del nombrar* (Sakura ediciones, 2021) *Poemas de un país al sur* (26 poetas colombianos contemporáneos, Libre Acceso ediciones, 2024). Sus poemas han sido traducidos al inglés, vietnamita, árabe, portugués y francés. Es directora del Festival internacional de Poesía Fredonia.



Finalmente todo calla y otros poemas, de Jennifer García Acevedo, se terminó de ensamblar en octubre de 2025. En su composición se utilizaron los tipos: Californian FB, Minion Pro, Garamond Premier Pro: 10, 12, 14, 18, 24, 30.



Finalmente todo salió y como siempre

2025

Colección Libros Imposibles
2025